

19. El gusto con el que Cristo vivía

“Estoy crucificado con Cristo [todo lo contrario del “¡Dios no lo quiera, Señor; esto no te sucederá jamás!” de Pedro. Pablo no solo no rechaza la Cruz, sino que se deja crucificar con Él], vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Ga 2,19-20)

La fe es aquel sentir según Dios que permite gustar en nuestra humanidad, en nuestra carne, el gusto de la vida de Cristo, el gusto de la vida que vivía Cristo, en cada detalle, de las flores a la lluvia, del grano de mostaza a los campos de trigo, de la oveja al camello, del pan al vino, de los higos a los huevos, de los juegos de los niños a la fe de los leprosos, etcétera. Porque todo el Evangelio ilustra los sentimientos que estaban en Jesucristo, el gusto de la vida que tenía Jesús viviendo como Hijo del Padre, lleno del Espíritu Santo, viviendo para amar hasta dar la vida por los pecadores.

Cuando se pierde el gusto de la vida, también la vocación se convierte en un oficio. No es ya nuestra vida, sino una profesión. Y se comienza a gustar otra cosa, cuando nos quitamos el uniforme y nos sentimos libres de vivir, gozando de nosotros mismos y para nosotros mismos, y a nuestro modo. Pero inevitablemente, en estos casos no es ya el gusto de la realidad lo que se busca, sino el gusto de un sueño, de un espejismo.

¿Cómo se puede perder el gusto de la vida siguiendo una vocación? Quizá justamente porque no se la sigue hasta el fondo, hasta el fondo de nosotros mismos, es decir, hasta nuestro corazón sediento de sentido y felicidad, y, por lo tanto, de deseo de gustar la vida, de vivir cada instante, circunstancia y encuentro con un sentido de plenitud. Pues esto se vive si se sigue a Cristo no solo desde fuera, formalmente, sino hasta su modo de vivir, hasta dejarle vivir a Él en nosotros. Y esto quiere decir hasta sentir, gustar la vida como la sentía y gustaba Él, justamente, hasta tener en nosotros “los sentimientos de Cristo”.

Pero ¿qué era lo que le hacía tomar gusto, lo que daba sentido a cada detalle de la vida humana de Jesús? ¿Qué le hacía tomar gusto del vivir, Él que venía del Cielo, Él que tenía suficiente plenitud de vida y de gusto en la Trinidad sin tener que venir a encontrar gusto en nuestra vida humana, por demás deteriorada por el pecado, en una sociedad, en una cultura, en una naturaleza deteriorada por el pecado, también para él que no tenía pecado? En el Evangelio hay innumerables ejemplos de qué pasaba en Jesús cuando gustaba de alguna cosa, por mínima que fuera, como un pájaro, un lirio, una viejecita que echa dos moneditas en el tesoro del Templo, el color de las nubes que recorren el cielo, la mole de un camello, un campo de grano maduro, la convivencia en un banquete, un papá que da un huevo a su hijo... ¿Qué le hacía tomar gusto a Jesús en el vivir cualquier cosa?

¡El Padre! La memoria del Padre, del Padre presente, unido a Él en aquel instante como en la eternidad, en aquel instante porque lo vive en la eternidad. Y para Jesús, la memoria del Padre significaba percibir los sentimientos del Padre reflejados en

la realidad, en el instante, en la circunstancia, en la persona de la que Jesús tenía experiencia. Y el gusto, un gusto desbordante de alegría, provenía precisamente de la conjunción que la memoria de Jesús tenía entre los sentimientos del Padre y aquella cosa, aquel detalle. «En aquella hora, Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo, y dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre y nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera revelárselo» (Lc 10,21-22).

Esta conjunción entre la memoria del Padre y la experiencia vivida es la que llenaba de gusto la vida de Jesús, de gusto y de alegría. El gusto de la realidad, que Lo llenaba de alegría agradecida en cada instante, era esta memoria del Padre, como Aquel que daba todo a los pequeños “en su benevolencia”, es decir, gratuitamente. Para Jesús, el gusto de cada cosa era la conciencia de que aquella cosa era dada, de que aquella cosa era signo de la benevolencia del Padre, que daba todo al Hijo y, por lo tanto, que cada cosa, cada circunstancia, cada encuentro permitía saber quién es el Padre, conocer al Padre. Y este gusto de la vida es el que Cristo nos ha comunicado, de modo que gracias a Él también nosotros podemos hacer memoria en el presente de que cada cosa es dada por el Padre y, por lo tanto, motivo de agradecimiento, de “eucaristía”, porque a través de cada fragmento de la realidad se nos da el conocer al Padre y al Hijo, como ellos se conocen y se aman.

Hasta en la Cruz, Jesús encontró en la referencia al Padre, en la memoria de los sentimientos del Padre implorados en la agonía de Getsemaní, el sentido positivo de aquella terrible circunstancia, y la irradió, la comunicó. Al ladrón arrepentido le comunicó la certeza de ir al Paraíso, junto al Padre (cfr. Lc 24,43). Y Marcos nos hace notar que no fue tanto el terremoto el que transmitió la fe al centurión, sino el modo en el que Jesús expiró: «El centurión, que se encontraba frente a Él, viéndole suspirar de aquel modo, dijo: “¡En verdad este hombre era Hijo de Dios!”» (Mc 15,39).

¿Qué vio aquel hombre, aquel pagano, estando ante Él, en Su presencia? ¿Qué vio, probablemente subido a su caballo, posición que le permitía casi estar cara a cara con Jesús? Debió percibir el sentido que la relación con el Padre daba a la muerte de Cristo, a su expirar, a su emitir el espíritu. “¡En verdad, este hombre era Hijo de Dios!”. No se puede confesar el misterio de Cristo con esta precisión sin una gracia especial, y también la gracia de vislumbrar el sentido con el que el mismo Jesús vivía su muerte, es decir, acogiéndola como don del Padre y dándosela a Él con agradecimiento.

Así pues, a nosotros se nos pide y da, se nos pide en cuanto que se nos da, el vivir el gusto de cada instante de la vida, hasta la muerte, por lo tanto, el gusto de *toda* la vida, haciendo memoria de Cristo, como Él la hacía del Padre, o haciendo memoria del Padre, como Jesús, o en Jesús, que es lo mismo.